

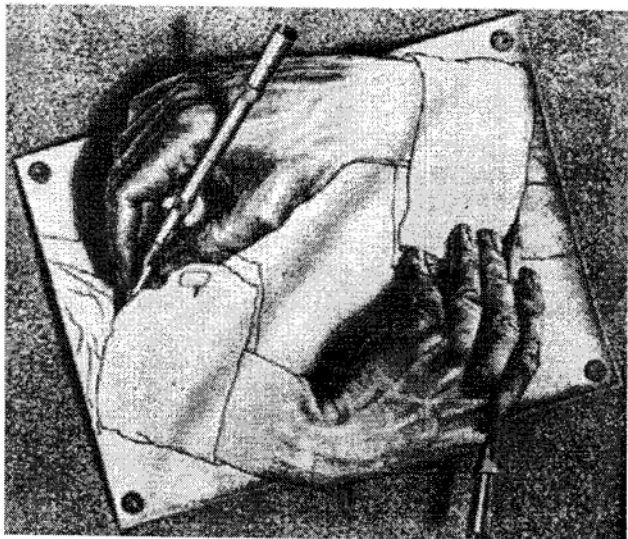
Escher no litografió Manos dibujando

Pablo Hernández

Esta obra es propiedad del
SIBDI - UCR



La afirmación parece aventurada, hasta ingenua. Pero lo cierto es que para llegar a ella es necesario plantear, primero, la pregunta a la que responde: ¿Escher litografió *Manos dibujando*? ¡Qué sorpresa! Teniendo la pregunta y la respuesta ya desde este primer párrafo, podríamos dejar todo el trabajo y gozar de la apariencia acabada, cerrada y perfecta, siempre impresionante, de



Manos dibujando, litografía, 1948

una pregunta que sucumbe ante su respuesta. Ese es el riesgo que se corre al utilizar una frase afirmativa como título. De todas maneras, la pregunta tampoco cumple muy bien ese papel de encabezado, prejuicio y detonante de la lectura.

Por el momento no hagamos caso a quién está en el título, si la pregunta o la respuesta. Hagámonos, eso sí, el propósito de

creer que están ambas. Ahora, si ya le hicieron caso al título, concedan, tan sólo, la continuación de la lectura y del diálogo por medio de ella, porque el goce puede ser suspendido o extendido y, en ambos casos, crecer jugando. Por ejemplo, crecerá si relatamos el recorrido que podría haber de uno a otro polo de nuestra propuesta: veamos cuánto de ese recorrido hacemos... ¿Desde la pregunta hasta la respuesta?

Volvamos a hacer la pregunta: ¿Escher litografió *Manos dibujando*?

En este segundo momento en que planteamos la interrogante podemos escuchar, sin mucho esfuerzo, algunas voces. Unas pretenden reducir la imaginación, a como dé lugar, al entendimiento; la fantasía y el simulacro a la lógica y los hechos. Y, al contrario, otras desean reducir los hechos a la fantasía, la lógica al simulacro. En medio de este barullo, podemos intentar un movimiento, una contorsión, como las que se producen en las obras que sí produjo Escher. Si pudiéramos formar, con dichas voces, dos columnas paralelas, este ejercicio de escritura que practica- mos sería el espacio entre ambas, que es cruzado por infinitas líneas transversales y diagonales —para utilizar una imagen cara al autor francés G. Deleuze—. En este espacio intermedio es posible llevar el lenguaje y el pensamiento, más allá de sus "divisiones inestables", hasta sus zonas ambiguas; donde con todo derecho podemos sospechar que Escher no litografió *Manos dibujando*.

Podemos todavía, para evitar la zozobra de algunos, decir lo que expresa la citada frase, en un tono más ceremonial: El mo-

mento de la producción se encuentra perdido, como un momento metafísico, primigenio, único, *in illo tempore*. Pasó hace tanto que no se puede pensar en él sino como un "hecho metafísico", con toda la carga paradójica que encierra esta expresión. Y en tanto perdido, podemos vincularlo tan sólo como hipótesis pragmática para la elaboración de nuevos discursos, o podemos simplemente ignorarlo como característica fundamental de la cultura. Es en este último sentido que hablamos de Escher como el artífice de su misma desaparición, como quien pasa el borrador para dejar sin lugar el momento de la producción, manteniendo en toda su autosuficiencia unas *Manos dibujando*.

Pero ¿Qué es eso de lo que venimos hablando, eso, de lo que dudamos haya sido producido por Escher?

Esas manos dibujando aparecen en 1948 como una litografía¹ de 28.5 x 34 cm. En ella, un pedazo de papel está clavado a una base rugosa gracias a unas tachuelas. En la hoja de papel una mano dibuja la manga de una camisa, al final de la cual, otra mano rebasa el papel para pasar a la "esfera de la realidad", en la que a la vez le dibuja la manga a la camisa de la primera mano. Así se forma un círculo que va desde el papel hacia fuera de él y viceversa, en un eterno presente de dos manos que están, efectivamente, dibujando (-se). En una de las esquinas de esa litografía, se leen las iniciales M.C.E., lo que ha dado lugar a la creencia de

¹ Arte de dibujar o grabar en piedra para la reproducción en estampa. Estampa así obtenida.

que el arquitecto, artista y pulidor de cristales holandés M.C. Escher, nacido en 1898, fue quien realizó dicho trabajo. Esto gracias a que, además, obras y producciones que ese holandés sí hizo comparten, con la litografía en cuestión, el hecho de ser presentadas como elaboración y complicación de la geometría de la naturaleza.

Escher decía que ninguno de sus grabados salía bien porque siempre perseguía un sueño imposible. Si ese es el caso, entonces tomémoslo nosotros también en este sentido, como sustento y prueba única de un imposible. Al igual que lo han hecho muchos científicos, matemáticos, geómetras, físicos y metafísicos en el presente siglo. Para poder hacer esto tenemos que abrir aquí un enorme condicional, que concede como antecedente, que Escher produjo esa litografía:

Si Escher litografió *Manos dibujando*, y si nos ubicamos en el juego de aquellas columnas de las opiniones encontradas y las voces escuchadas, pareciera entonces que, en esta litografía, lo que se da es la desaparición del mundo frente a lo imaginado, la reducción de la realidad al simulacro. Estas manos dibujando, si son de Escher, perpetran un crimen: contra Escher-creador. Y lo trasladan a una nueva posición: Escher-creador deviene Escher-observador. Que, en este nuevo lugar, ya no es diferente a nosotros.

Pero esto no tiene la apariencia de una desaparición o de una reducción, según los términos de las columnas, sino de suspensión. Y por suspensión entendemos, más bien, la fundación de

Esta obra es propiedad del
SIRDI UCR

ese espacio intermedio que, a pesar de estar entre columnas de fuerte granito, se eleva, se infla y desinfla, en el juego de la levedad. Los dibujos de Escher logran hacernos creer en la posibilidad de universos maravillosos que no implican la reducción de la realidad al dibujo, ni a la inversa, sino la suspensión de las series -columnas- en beneficio del tránsito libre, del desplazamiento por la totalizante superficie del dibujo, por las habitaciones de sus edificios imposibles.

Todo esto parecería lograrse por medio de dos técnicas fundamentales: al observar las manos dibujando estamos frente a una litografía de un dibujo que se dibuja y, por otro lado, el dibujo se independiza de su, concedido, autor. Por eso Escher ya no sería dibujante, sino observador de ese fenómeno increíble de un dibujo que se dibuja a sí mismo. Como lo plantea Hofstadter en su libro *Gödel, Escher, Bach*: la realidad, el autor, el observador, se suspenden en un "nivel inviolable de lo invisible en el dibujo". Quedando la sensación impresionante de estar en presencia de un hecho único, una rareza.

¿Escher litografió *Manos dibujando* ? La pregunta ha cambiado, ligeramente, de matiz.

Veamos los detalles de esa técnica con la que Escher lograría diluir los polos y, así, anular la polaridad tan común y antigua de lo producido y el productor, del observador y lo observado. Al punto de, insisto en esto, no reducir uno al otro, sino que tejiéndolos de manera determinada, interrumpe y hace invisible la oposición de los polos sin destruirlos. Tan sólo deja en suspenso el enfrentamiento:

Estoy frente al libro de Hofstadter, en el que una de sus páginas presenta, como la ilustración 135, un dibujo debajo del cual hay una leyenda que dice: *Drawing Hands, by M.C. Escher (lithograph, 1948)*. Es decir, estoy frente a una impresión de un dibujo: el que se supone de Escher y que no veo sino como reproducción. Manteniéndome en esta posición todo es apreciado en la bidimensionalidad de la página 690 de dicho libro. En esta página está la ilustración de Escher y en la ilustración de Escher hay otra ilustración, ya no de Escher, sino independiente.

El paso de un plano a otro es prácticamente inmediato, por lo que la sorpresa no se hace esperar. Y así llegamos a la conclusión engañosa de que todo es obra de Escher.

Pero pongámoslo en otros términos, un tanto más plásticos: Mi sombra se proyecta frente a la página 690 del libro de Hofstadter, de repente me acerco resistiéndome a ser engañado y decido mirar con mayor atención el juego de las sombras. Entonces me cercioro de que dentro de esa página y en la ilustración que se le adjudica a Escher, la hoja donde las manos se están dibujando proyecta su sombra sobre la superficie rugosa en la que se posa. El dibujo de unas manos, que aparentan ser reales por su forma sombreada, se distingue, por el mismo hecho de estar relleno de sombras, del dibujo de unas simples líneas que componen el contorno de unas mangas. Estas mangas sin sombra pertenecen a la camisa de las manos sombreadas. De tal forma que las manos invaden la hoja sobre la que están dibujadas y "salen" más allá de ella proyectando su sombra incluso sobre la superficie de textura áspera que sirve de mesa sobre la que se clava el dibujo.

Continuando, con la imaginación, ese proceso, las manos van saliendo de los planos inmediatos hasta llegar al nuestro: de la hoja a una habitación que no conocemos, de la litografía de un dibujo a Escher, y del libro de Hofstadter a nosotros.

La pregunta se torna dramática: ¿No serán esas manos, capaces de dibujarse a sí mismas, las que más bien dibujan a Escher y tienden a dibujarnos a nosotros?

Estos juegos de luz-oscuridad son los que me interesa abordar ahora. El tema de esta dualidad, es largo y antiguo. Desde los textos mitológicos se habla de la dicotomía entre dos universos que se siguen infinitamente uno al otro. El día sigue a la noche y ésta al día. Y desde entonces es vista, en razón de las figuras metonímicas, como la lucha del Sol y la Luna, su regeneración, es decir, el juego de la vida como ciclicidad.

Luego viene un momento donde con la filosofía, por ejemplo en Platón y Aristóteles, se resemantiza la dicotomía como luz-ciencia/oscuridad-ignorancia. Iniciándose así la construcción, que oculta el sentido original de la circularidad y el dinamismo propios de la noche y del día, de esas columnas de las que tanto hemos hablado. De ahí en adelante todo ha sido confirmación y suma de esta interpretación de la dualidad luz-oscuridad como oposición, ya no como continuidad.

En el caso del dibujo de Escher estamos frente a una reelaboración de la dualidad, o un regreso a su sentido primario de ciclo vital. De acuerdo a las técnicas tradicionales de la composición

plástica el juego luz-oscuridad es un recurso pictórico convencional que se aplica para lograr tridimensionalidad; gracias a ésta, realismo y, por éste, verosimilitud en la representación del dibujo. Pero en Escher el interés por la sombra como juego luz-oscuridad supera el simple tecnicismo, pues en las *Manos dibujando*, ese juego se presenta como la facultad no sólo de realismo, sino de independencia de la obra, que permite la fundación de un mundo posible que incluye unas manos dibujándose a sí mismas.

Tenemos que lo inacabado, entiéndase lo no sombreado, las mangas de la camisa de las manos del dibujo, aparece como una irrealidad que tiende a la realidad. Permanecen en espera y tensión, como la zona a completar de algo que se hace a sí mismo. Las manos, acabadas y autosuficientes, son distinguidas gracias a que presentan sombras y juegan con una luz que no es la que está dentro del papel, sino la de afuera. Esa luz es la de la habitación donde está únicamente la hoja, donde ya no estamos ni usted, ni Escher, ni yo. Donde sólo hay unas manos que se hacen a sí mismas mientras se dibujan. Las que posiblemente al cerrar el libro o al dar la espalda al dibujo, continúen completándose y acercándose, dibujando incesantemente hasta nosotros o más allá.

Si aceptamos estas hipótesis, podemos aventurarnos a evaluar la respuesta a nuestra pregunta inicial. Tenemos que reconocer, entonces, la posibilidad de que Escher sí haya litografiado las *Manos dibujando*. Pero, también podríamos cerrar ese inmenso condicional que abrimos al inicio de este ensayo, y modificar la respuesta en virtud de la apertura de innumerables preguntas

sucesivas. Las que tendrán que partir de que...

(...) Escher ya no litografía *Manos dibujando* y sólo ellas se dibujan eternamente.

